

Alonso Cueto

El vuelo de la ceniza



Una trama rica en misterio. Una novela policíaca ambientada en el Perú de los años ochenta. El protagonista de la historia es, en el fondo, la ciudad de Lima, la única donde podría haber ocurrido una historia tan intensa e inolvidable en la cual la compasión, el amor y la violencia se confunde.

El doctor Boris Gelman camina por la noche y acaricia un puñal en el bolsillo. Su misión es eliminar a los seres impuros y nocivos que se agazapan en las calles. Mientras tanto, una mujer joven y sensual en busca de venganza le pide a un detective privado que la ayude a encontrarlo.

El cielo color ceniza de Lima es el escenario de una cacería que deviene en historia de amor. La ciudad, verdadera protagonista de esta historia, se convierte en una celda que atrapa y devora inesperadamente a sus habitantes. Con un estilo sobrio y contundente, Alonso Cueto no sólo sumerge al lector en una trama apasionante, sino que lo hace vivir una de las aventuras policiales más emocionantes jamás contadas en América Latina.

«El vuelo de la ceniza» reúne todos los elementos de la novela negra: una serie de crímenes, un detective solitario, una mujer misteriosa y la noche, que se cierne sobre los protagonistas como un oscuro vigilante.

A Felipe Ortiz de Zevallos.

The skies were ashen and sober
Edgar Allan Poe

1

El doctor Boris Gelman baja las escaleras lentamente, se acerca a la barra y pone un billete de cien dólares frente al mozo.

—¿Qué desea?

—Necesito encontrar a una mujer.

El mozo sonríe. Tiene una camisa blanca. Desliza un trapo húmedo en la barra.

—Hay muchas... Venga más tarde.

—Necesito encontrar a una mujer en especial —dice.

—¿A cuál?

—A esta...

Boris se sienta, abre un sobre, deja una foto sobre la madera.

El hombre no la mira.

—Como le digo, por aquí vienen muchas, señor. La verdad, no me acuerdo.

La voz es lenta y monótona. El mozo habla como para sí mismo.

—Trate.

Cuando el mozo mira la foto, algo se mueve en sus ojos. Deja el trapo a un costado, se lava las manos. Un chorro estalla en el recipiente metálico.

Boris aún tiene el billete entre los dedos.

—Ya, señor.

—¿La conoce?

—Quédese un rato. ¿Le sirvo algo?

—No. Nada. Voy a esperar.

—Como quiera.

* * *

Boris espera. Toma agua mineral. Oye grupos de mujeres que bajan las escaleras. Hay tres o cuatro chicas que hablan en voz alta, y entran por una puerta al fondo. Las mesas empiezan a poblarse. Toma otro sorbo.

A las nueve, una orquesta de hombres de sacos rojizos se ha reunido en el escenario. Hay tres músicos: un trompetista enano, un tecladista de manos alambradas, un tipo macizo y grave frente a los tambores. Todos parecen hermanos: las caras sombrías, los ojos pequeños, el pelo aplacado por una gomina sucia. El trompetista alza las piernas y se estira. La música avanza en oleadas largas y apenadas, inyectadas de vez en cuando por una descarga de los timbales. Le parece la marcha de un funeral. El sonido afiebrado de la pianola, el murmullo de la trompeta, la breve lluvia del tambor.

De pronto, el rumor colectivo parece desfallecer, aparece un redoble y se hace un silencio en las mesas.

Hay una ligera salva de aplausos.

Boris apenas se mueve.

La ve pasar junto a él. Alza los ojos.

Una cara de luna, ojos risueños, pestañas duras como sombrillas.

El traje azul le deja ver los senos.

Boris la sigue con la mirada. Ella desaparece tras una cortina negra.

El mozo la señala.

Ella es. Ella es. Ella es.

—¿Cómo se llama? —murmura Boris.

—Susy.

El anunciador —un hombrecillo de pelo arenoso y corbata roja— sale al escenario, iluminado por un foco.

«Buenas noches, señores, distinguidos miembros de la concurrencia. Buenas noches a todos. El club nocturno Adán y Eva tiene el gusto de recibirlos en esta ocasión tan especial en este su exclusivo ambiente especialmente acondicionado para el disfrute de los concurrentes que nos acompañan esta noche. Estamos aquí con chicas tiernas y cariñosas, chicas lindas, que serán de su completo agrado, para que ustedes se olviden de las presiones que le arrinconan el alma en el mundo, de ese estrés que caracteriza la sociedad moderna, y se encuentren aquí con los placeres y deleites de las damas más bellas que se puedan imaginar. Para que disfruten en suma de unas horas de placer, para caballeros distinguidos como ustedes. Y para probarlo, aquí, la que muchos esperaban, la única, la innombrable dama de la noche. Con ustedes, Susy».

La música empieza.

Una chica aparece tras la cortina, baila hacia el centro de la pista.

Es alta, esbelta, de ojos grandes. Tiene una malla azul. Mueve las piernas, primero lentamente, luego cada vez más rápido, a la velocidad de los timbales. Un chorro de luz roja cae sobre ella. Da varias vueltas cerca de las mesas. Una cabeza torva grita algo.

—Está buena la Susy, ¿no? —dice la voz del mozo cerca de él. Boris voltea. Los ojillos lo interrogan.

—¿Empresario es usted? Se la quiere llevar a trabajar seguro —insiste.

—No —dice Boris.

El ritmo de la trompeta deriva en una súbita ronquera. El hombre deja un espacio libre a su lado.

Susy retrocede, acaricia el aire y desaparece detrás de la cortina. Entre los aplausos, el presentador anuncia a la siguiente bailarina. Tatiana, la única.

Boris toma de su vaso. Ha inclinado la frente hacia delante.

Susy sale por una puerta ahora. Tiene una falda azul, aretes largos, la boca grande y roja.

Las rodillas finas y torneadas se mueven entre las sillas. Su figura va creciendo.

Boris la ve, se repliega. Levanta el vaso.

—Hola —se oye murmurar.

—Hola —contesta ella—. ¿Qué tomas, amor?

—*Whisky*.

—¿Me invitas un trago?

—Sí.

Al verla sentarse, los párpados le tiemblan.

Ella llama al mozo.

—Un chilcano, por favor —sonríe.

La mujer empieza a hablar. Los aretes le bailan. Boris apenas entiende. Ya estamos en invierno pues, comenta. Las noches acompañadas son más ricas, le está diciendo, en esta época del año. Es mejor dormir bien acompañada.

El mozo trae los dos vasos.

—Salud —dice Boris.

El sabor del *whisky* le calienta la piel.

—Tú eres bien serio, ¿no? Bien serio y bien callado.

Boris no contesta.

Allá al fondo la orquesta está tocando. Una jauría de lobos adormilados. La trompeta inicia un lamento áspero.

—¿Quieres bailar? —dice ella.

—No.

—¿Qué entonces?

Boris toma un nuevo trago.

—Irme contigo —dice—. ¿Cuánto me cobras?

Ella sonríe y levanta su vaso.

—Para un caballero como tú, yo hago un precio muy especial.

* * *

Susy lo va guiando. El par de muslos brilla sobre la acera.

La mano que se enrosca en su brazo. La falda azul, el cuerpo afilado, la arcilla lisa de los hombros.

—Aquí.

Una puerta desteñida gira. Salen a la calle. Ve los carros muertos en la pista, la llovizna sesgada, una luz mezuquina sobre la acera. Pasan debajo de un poste.

Caminan juntos. Puede verla. La cascada de su pelo se esparce en flecos violentos y crea una sombra rápida en la pared. Hace frío.

Siente a la mujer temblando. Le pasa el brazo.

—Por aquí nomás —dice ella.

Suben juntos por una escalera.

Susy abre la puerta de un cuarto. Es pequeño, con una cama en el centro. Tiene frazadas de bolas azules y blancas. Una lámpara estira sus garras sobre la mesa.

Ella se acerca. Boris se estremece.

Siente la piel de ella, áspera y dura. Siente los labios contra los suyos, las manos tocándole un costado.

Se repliega y aprieta los brazos.

—Échate —dice.

Susy lo obedece. Boris inclina sus ojos. Ve el cuerpo estirado: los senos, el vientre, el pubis negro. Está junto a la cama. Una hilacha gruesa cuelga de la frazada.

Ella levanta sus brazos.

—Ven, pues, amor —le insiste.

Boris se aleja. La observa. Un insecto que se retuerce sobre la cama.

Habla con lentitud, como explicándole una lección, la última que va a recibir.

—Soy Gelman, Boris Gelman.

Ella sonrío.

—Mucho gusto pues.

Una arruga aparece, como un rayo, en la frente de Boris. Las mejillas se endurecen.

—¿No te dice nada ese nombre?

Ella sonrío, se pone un dedo en los labios sucios.

—¿Boris qué?

—Boris Gelman. El hijo de Víctor.

Susy se incorpora.

—¿Te acuerdas del doctor Gelman?

—¿El doctor Gelman? —repite ella.

—Por él he venido.

Boris arrima una silla junto a su cabeza.

—Por ti ocurrió una desgracia —murmura—. Pero tú ya sabes de que hablo, puta... ¿No eres una puta de mierda, puta?

Boris hace una pausa. Susy se está moviendo hacia el borde. Deja salir un chillido grave.

—Creo que tú eres medio loco, oye. Mejor nos vamos de acá. Pero antes...

Mientras ella habla, Boris ha levantado el cuchillo. La golpea una sola vez, en el estómago, hacia arriba. Apenas ha hecho ruido.

Todo ha ocurrido como lo había previsto.

* * *

Al salir, ve un edificio cuadrado, de ventanas turbias. La puerta es una reja con un hueco redondo en el medio.

Una hilera de postes ilumina el polvo de llovizna.

Boris se siente liviano. Acelera el paso. Está corriendo hacia la avenida ahora. Llega a la esquina. Se detiene. Está jadeando. Solo ahora comprende que sus manos están mojadas.

Un río sucio de tráfico por la calle. Los carros ruedan sobre la pista iluminada. Las hojas de los árboles se sacuden. Entre ellos, el disco de la luna.

Se detiene en un semáforo. El aire es borroso. En el cielo hay manchas crudas y blanquecinas. Alguien se mueve en un carro al lado, hay una luz roja. Una sombra se inclina. Es un taxi.

El chofer tiene la barba crecida y la nariz movediza, el gancho de los brazos rodeando el timón. ¿Lo llevo, señor? ¿Adónde lo llevo?

Boris cruza la pista.

* * *

Abre la puerta de su casa. Entra y se sienta en la sala. Los muebles se extienden y se pierden en la oscuridad.

Allí puede quedarse. Pero tiene que ir al dormitorio del segundo piso. Entra al baño y se para frente al espejo: permanece allí, frente a sí mismo, sin moverse. Baja la cabeza y ve la masa rosada y dura de jabón. Se frota bajo el chorro de agua hasta que sus manos abrazan la toalla. Cuando atraviesa las escaleras, lo sigue el compás de un reloj. Mueve la puerta gentilmente y se detiene.

Es su madre.

La figura horizontal está ataviada con una cinta blanca y en el trágico rostro, petrificado por el sueño, hay una dignidad de mármol. Ella estaría contenta de saber lo que acaba de ocurrir. Estaría contenta, piensa.

* * *

Ahora Boris baja las escaleras y entra a la cocina. Hay una botella de anís, al fondo de la alacena.

Recoge un vaso; tiene una forma de cáliz. De pronto sus manos se pierden, están lejos de él. El vaso se mueve de un lado a otro. Cree que no va a poder sostenerlo.

El vaso aún baila en su mano, se resbala, llega a los dedos. Durante algunos segundos de terror, Boris piensa que va a caerse, va a estrellarse en mil pedazos, va a despertar a su madre. Boris siente que un gemido sale de su pecho y que la cara se le ha humedecido.

De pronto el vaso está en el suelo, hecho añicos. Algunos trozos rebotan en la pared.

Él no ha oído nada.

Mira hacia atrás. Sale a la penumbra de la sala y ve las sombras. Siente un ruido de motor, a lo lejos. Se queda allí. Espera. Su madre sigue durmiendo.

Cuando vuelve a la cocina, recoge los trozos de vidrio con una mano. Toca el filo con las yemas. Junto al tacho de la basura suelta los pedazos que suenan como piedras. Tiene la boca seca. Una línea de sudor le baja por la sien y avanza por la mejilla.

Sorbe de la botella. El líquido le quema las entrañas. Todavía puede ver el rostro de la mujer diciéndole, con esa voz de arrullo: «Ven, pues, vamos».

2

El mayor Gómez llega al edificio, cruza el corredor y siente la manija de metal. La cara de caballo de Zegarra lo mira desde su escritorio.

—¿Qué hay de nuevo?

—Para escoger. La última muerta, si quiere —dice Zegarra.

—¿Qué?

—Una muerta. El coronel dice que vaya a verlo.

Gómez atraviesa el umbral. Al entrar ve al coronel Paz —la cara abultada, los ojos de sapo, la boca ágil y minúscula—. El coronel está hablando por teléfono. Una mano le hace una señal para que se siente.

Gómez obedece. Sabe que el coronel es una persona interesada en demostrar quién manda en los alrededores. Es normal que alguien lo espere mientras él habla.

—Le tengo un asunto que le puede interesar, Gómez —dice por fin.

El coronel habla con la voz ronca.

—Dígame, coronel.

Gómez recibe unos papeles y fotos en un sobre.

—Aquí tiene, mayor. Una muertita. Bailarina en un *night club*. Puta también, dicen. Felizmente que no ha salido nada en los periódicos. Nosotros estamos ocupados en otra cosa, tenemos a los terrucos encima. Pero esto a lo mejor le conviene, pues. La hermana de la muerta anda buscando que alguien la ayude. Dice que tiene plata para pagar un detective privado así que a lo mejor le conviene. En todo

caso, ya sabe que tiene que avisarme y nada que ver los periodistas. ¿Se anima?

Gómez encoge los hombros.

—Como usted diga —contesta.

* * *

En la oficina de Zegarra, junto a un café que parece una taza de aceite negro, Gómez empieza a leer.

«Susana Nelly Aguirre Zavala. Edad: 29 años. Trabajo: bailaba en un *night club*. Causa de la muerte: desangramiento. El mozo manifiesta que se fue con un extraño pero que no podría describirlo. Cuerpo presenta muchos cortes, algunos profundos, entre los dedos de los pies, detrás de rodilla izquierda. Un golpe mortal en vientre. La víctima fue encontrada desnuda y colocada encima de la cama. Bien peinada».

—La había peinado. Tiene gracia el cabrón.

Una mano toca a Gómez en el hombro. Ve la mandíbula larga de Zegarra.

—¿Y qué tal? —dice Gómez.

—¿Qué le dijo el coronel?

—Me dio esto.

—¿Qué?

—Una muerta.

—A ver.

Gómez abre otra vez. El coronel ha incluido las fotos. En la primera, Susana Aguirre está acostada con las dos manos debajo del mentón, como si estuviera rezando. Tiene el cuerpo lacerado de marcas. En la segunda, puede verse una figura en la frente. Tiene los ojos abiertos, como pozos vacíos. Algunos pelos le cruzan la cara.

Las siguientes fotos muestran el cuerpo cosido en infinitos tajos: algunos son largos y profundos, otros son líneas curvas. El asesino ha firmado muchas de veces, como un ni-

ño que ensaya un nombre, piensa Gómez. También hay cortes entre los dedos.

—¿Qué edad cree que tenía?

—Acá dice veintinueve —contesta Gómez.

—La edad justa para morirse —se ríe Zegarra—. Antes de los treinta es la edad justa.

Un teléfono suena en la oficina de al lado y una voz ronca contesta. Hay una carcajada.

—¿Tú que estás haciendo? —pregunta Gómez, suspirando.

—Yo, lo de siempre. Seguir narcos y coqueros. Cualquiera día de estos me vuelan a mí también. ¿No hay más fotos?

—No. Eres un morbosos, compadre.

—Morbosos somos todos, mayor. Todos...

Gómez vuelve a ver la primera foto. Está desnuda y peinada. Como si fuera a hacer la primera comunión.

—Mírela, pues —dice Zegarra—. La dejaron listita para ir al cielo.

* * *

Gómez va a la oficina.

—¿Y qué piensa? —dice el coronel, luego de soltar una bocanada de humo—. Una cosa monstruosa, ¿no?

El coronel se ríe.

—Sí.

—Bueno, ¿pero qué me dice, Gómez? ¿Quién hizo eso?

—Alguien que quería verla morir despacio, coronel.

—¿Por qué?

—La coagulación. En la coagulación hay una cosa.

—¿Qué cosa? —El coronel tira un rollo de papeles a la basura.

—Había sangre ya seca y por allí pasó el cuchillo. Un poco perverso era el tipo. Además la cortó entre los dedos y creo que por allí se desangra más lento.